

# Todos los demonios

LUIS ROSO



Verano de 1960. Un alto cargo de una institución pública alemana es salvajemente asesinado en Madrid, y el gobierno español trata de evitar un incidente diplomático asignando la investigación a uno de los detectives estrella de la policía: el inspector Ernesto Trevejo. Acompañado de una misteriosa profesora norteamericana, el inspector Trevejo rastreará el origen de un cuadro expuesto en un museo de Zúrich, que parece ser la clave del crimen, y sin pretenderlo se verá envuelto en una espiral de sangre y secretos en torno a uno de los aspectos más sombríos del régimen franquista: los fugitivos nazis refugiados en territorio español desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Con *Todos los demonios*, Luis Roso se consagra como uno de los más firmes valores de la novela negra nacional y teje una trama vertiginosa de venganzas personales, miseria moral, intereses económicos, antiguos odios y amores soterrados en la que vuelve a brillar su prosa incisiva, su ironía, su precisión y el exquisito cuidado en la ambientación histórica. Y también brilla Trevejo, ese policía descreído, práctico, determinado por su muy particular código ético que, en ese Madrid que pretende subirse al tren de la modernidad y en el que pululan nazis expatriados, antiguos «camisas viejas», arribistas y miembros de los servicios secretos estadounidenses, sigue sabiendo nadar y guardar la ropa.

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

Este libro lo escribí en parte durante la primavera del 2020,  
en pleno confinamiento por la pandemia, y quiero  
dedicárselo a los sanitarios y trabajadores esenciales que  
arriesgaron sus vidas (y en algunos casos la perdieron) para  
que el resto continuáramos adelante con las nuestras.

–¿Cómo sabe usted todo eso? –gritó–. ¿Es usted el demonio?  
–Soy un hombre –contestó gravemente el padre Brown–.  
Por lo tanto, llevo todos los demonios dentro de mi corazón.

G. K. CHESTERTON,  
*El martillo de Dios*

Pues se lo explicaré. Para ser un gran detective hay que ser protagonista. Una especie de personaje dinámico que, con su mera existencia, hace que sucedan cosas. Creo que usted es de esa clase de personas, Gunther.

PHILIP KERR,  
*Una llama misteriosa*

# 1

Recuerdo que al abrir la ventana de mi cuarto aquel último lunes de agosto y comprobar que aún estaba nublado y que la temperatura, sin ser fría, distaba mucho de la habitual para esa época del año, me invadió un sentimiento de desolación. Quedaban por delante varias semanas de verano, pero el otoño enseñaba sus garras por debajo de la puerta. Debido a un cúmulo de circunstancias imprevistas, no había disfrutado de un solo día de vacaciones en los últimos meses, y achaqué a ello mi angustia. Ni una excursión campestre, ni una escapada a la playa, ningún esparcimiento más allá de alguna noche de copas o de cine, casi siempre sin compañía. Había sido –o estaba siendo– un verano para olvidar, precedido de una primavera también para olvidar, y de un invierno del que prefería no acordarme. 1960 no iba a ser mi año, qué duda cabía. Cada mala racha se había ido sucediendo con la siguiente, y el mal tiempo de aquella mañana no presagiaba que, al menos de momento, la cosa fuera a mejorar.

Hacia las ocho y media salí de mi apartamento. Antes de alcanzar la calle, como cada día, pasé por la covachuela anexa a la portería en la que hacía meses que agonizaba don Celestino. «Ya va para largo esa agonía», le reprochaba yo de vez en cuando, a lo que el venerable portero –cuyo reinado, según él, era el más longevo de toda la calle Fuencarral– solía responder algo así como «Más largo va a ser lo que venga luego». Lo encontré tirado en el catre en medio de la oscuridad, blandiendo un palo de fre-

gona con el cual trataba de acertarle al interruptor de la luz, ubicado al otro lado del cuarto.

–*Fiat lux* –dije, pulsándolo por él.

El anciano soltó el palo y se incorporó a duras penas. Con la apoplejía había perdido la movilidad de la mitad izquierda del cuerpo, pero se manejaba bien con la derecha. Con una mano, decía, le bastaba y le sobraba para sintonizar la radio, limpiarse tras cada evacuación, y ras-carse la entrepierna cuando le picaba, y con eso a su edad –¿ochenta, noventa años?– podía darse con un canto en los dientes. Además, era capaz de vestirse y de cocinar por sí mismo, y hasta de dar pequeños paseos por el portal ayudado de una muleta.

–¿A qué viene eso de «fiat»? –preguntó. Sus labios también habían perdido movilidad, pero no vocalizaba mucho peor que algunos galanes de cine patrio–. ¿Se va a comprar por fin un coche, don Ernesto?

–No, no –dije, arrimándome hasta la cama y ayudándolo a sentarse en el borde–. Conducir me da pánico. Y tener que pagar las letras de un coche, todavía más.

–Pues no sé dónde se le va el sueldo... Los hay que, con mucho menos de lo que gana usted, les llega para su Seiscientos y para mantener a la parienta y a tres o cuatro churumbeles.

–Estoy ahorrándolo todo para el retiro. Quiero marcharme lejos. Aquí, en este edificio, en este barrio, todo me huele a viejo. Quiero salir y ver mundo.

–Hombre, gracias por la parte que me toca. Lo de oler a viejo, digo.

–No lo decía por usted. Es la ciudad entera. Últimamente todo me huele como a rancio, a podrido.

–Siempre está usted con la bobada del retiro. ¿A qué viene pensar esas cosas, si no ha cumplido ni los cuarenta?

–Poco me falta. Tengo treinta y nueve.

–Pues eso: prácticamente un crío de biberón.

–Yo creo que los policías tenemos que ser como los toreros. Saber cortarnos la coleta a tiempo, antes de que nos jubilen a la fuerza. De un tiro o un pitonazo.

–Los toreros están hechos de una pasta distinta al resto. Ayer, sin ir más lejos, Antonio Ordóñez cortó dos orejas en Francia, y eso que la semana pasada un morlaco le pegó un buen revolcón en Bilbao y lo tuvieron que hospitalizar.

–Por eso lo digo: hay que saber retirarse a tiempo, cuando está uno de una pieza. Imagínese que por esperarme demasiado un buen día va un granuja y me vuela un testículo. Le recuerdo que ya estuve cerca de ello hace unos años.

–Yo creo que eso es lo que le marcó a usted, el tiro ese que le pegaron en la tripa le quitó el ánimo de vivir. Pero vamos, que por lo del testículo que no sea... Ahí tiene usted al Caudillo, que con un solo huevo le basta y le sobra para sostener a toda España.

–Eso es porque tendrá uno solo, pero muy gordo.

Arrimé a don Celestino su ropa, que siempre dejaba doblada sobre la mesilla, y abrí el único ventanuco del cuarto –de tamaño diminuto, que daba al patio de luces– para airear el ambiente.

–¿Está lloviendo? –preguntó el anciano, señalando al exterior con la barbilla.

–No, ya no. Todavía está nublado, pero yo creo que dentro de un rato saldrá el sol y calentará.

Dejé al anciano revolviéndose sobre el colchón –por llamar de algún modo a la lámina de espuma fina como un papel de fumar en que dormía– y salí. No había hecho más que poner un pie en la calle y encenderme el primer cigarrillo cuando un Volkswagen escarabajo de color negro que circulaba por la calzada a mucha más velocidad de la permitida se detuvo a mi altura. Un tipo regordete y algo simiesco, vestido con traje gris, bajó y me colocó una

placa de policía frente al morro. Después de preguntarme mi nombre, me hizo meterme en el vehículo.

–¿Quién le manda a por mí? –pregunté.

–Me llamo Pastrana. Miguel Pastrana. Estoy destinado de escolta en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

–Muy bien. Pero no le pregunto quién es, sino quién le ha mandado a buscarme.

–Pues entiendo que el ministro, no lo sé. Una de las secretarías me ha entregado un papelito con su dirección y me ha dicho que venga cagando leches a por usted.

–¿Le ha dicho que venga cagando leches?

–Volando. Me ha dicho que venga volando. Han sido sus palabras exactas.

–Ya me parecía. ¿Adónde vamos? ¿Al ministerio?

–No. A este otro sitio.

Sin volverse, estiró el brazo derecho por encima de su hombro y me entregó una tarjeta con dos direcciones. La primera era la de mi casa –calle Fuencarral 109, 1.º izquierda–. La segunda era la plaza del Marqués de Salamanca.

–¿Qué hay en esa plaza? –pregunté.

–No tengo ni idea.

Dado que todavía estábamos en agosto, y a pesar de ser primera hora de lunes, el tráfico era fluido. No tardamos más que unos minutos en llegar. Desde mucha distancia, al aproximarnos, ya eran visibles las luces de las ambulancias y los coches patrulla.

–Coño, la que hay aquí liada –apuntó mi chófer–. Me da que va a tener usted una mañana jodidilla, compañero.

–No esperaba otra cosa –dije.

Un par de agentes de uniforme nos dieron el alto y nos indicaron que, pese a nuestras acreditaciones, no podíamos acceder a la plaza con el coche.

–Pues yo me quedo aquí –se despidió Pastrana, mientras yo me apeaba–. Seguro que es capaz de encontrar el camino usted solito.

–Seguro que sí.

Los agentes retiraron la valla para abrirme paso. Además de ellos dos, y de otros cuantos policías y enfermeros que aguardaban tranquilamente en el exterior de sus vehículos, solo había en las proximidades una docena de curiosos, mayormente ancianos. No había siquiera un mísero periodista con su cámara o su libreta de notas a la vista. De haber sido septiembre u octubre, pensé, aquel lugar se habría convertido en una feria, con centenares de personas husmeando en torno a la plaza. Aquel era el barrio más exclusivo de la ciudad, y cualquier tragedia –era obvio que de una tragedia se trataba– que ocurriera allí atraería la atención del público y los medios de comunicación igual que una gota de sangre en el océano atrae a los tiburones.

Arrojé al suelo el cigarrillo ya consumido y crucé la plaza hasta el edificio frente al que había congregados algunos agentes de paisano. Reconocí a varios y los saludé al pasar junto a ellos. El edificio, un palacete austero, con dos plantas y fachada gris de estilo neoclásico, tenía una placa dorada en la verja: «Goethe Institut». Nunca había oído hablar de lo que quiera que fuese.

El vestíbulo, amplio y con suelo de mármol blanco, estaba vacío, pero se escuchaba jaleo en la primera planta, a la que se llegaba por unas escaleras también de mármol ubicadas al fondo y delimitadas por unas suntuosas barandas metálicas con filigranas vegetales, las mismas que decoraban la enorme lámpara de araña que colgaba del techo.

Subí apoyando las suelas en las hendiduras que muchos años de pisadas habían causado en los escalones y seguí las voces a lo largo de un corredor empapelado en tonos verdes. Al fondo había una puerta entreabierta al otro lado de la cual, a juzgar por el barullo, debía de haber como mínimo una veintena de personas. No iba desencaminado: entre policías y personal forense sumaban

un total de dieciocho individuos allí dentro, todos varones. La sala era un despacho de grandes dimensiones y paredes blancas, amueblado lujosamente, en el que una cristallera de varios paneles con vistas a la plaza ocupaba toda la pared opuesta a la puerta. En ese momento las vistas quedaban bloqueadas por la multitud y bastante deslucidas por el cadáver de un hombre de mediana edad, desnudo y con la piel cubierta de costras negras sanguinolentas desplomado sobre un escritorio oblongo. Sus manos y pies sobresalían del borde de la tabla, su barriga se desbordaba a ambos lados de su torso, como derretida por el calor, y su cráneo, mondo y desproporcionadamente pequeño, estaba vuelto hacia la cristallera, como si en sus últimos momentos hubiera sentido la necesidad de admirar el paisaje.

—Trevejo, aquí.

Era la voz del comisario Gabriel Rejas, a quien tardé unos instantes en situar: se encontraba en uno de los extremos del despacho, en un corrillo con otros dos hombres. A uno de ellos lo conocía de sobras: era el doctor Jacinto Rozas, catedrático de medicina forense en la Universidad Central de Madrid y colaborador habitual de la policía en casos de cierta envergadura.

El doctor, en mangas de camisa, desprovisto de bata o de guantes, recientemente había cambiado su habitual barba blanca de sabio medieval por un bigote con perilla francesa, como para parecer más joven —en realidad no era tan mayor: habría pasado por poco de los cincuenta años—. Me saludó marcialmente llevándose la mano derecha a un lado de la cabeza y me sonrió con complicidad.

Al otro hombre solo lo había visto en fotografía. Era alto y algo entrado en carnes, tenía la cabeza grande, la frente despejada y el cabello en sienes y coronilla vetado de mechones canos. Iba perfectamente afeitado y perfumado, y su traje, de un tono marrón tirando a beis, debía de costar tanto como cuatro o cinco de los míos —yo esa

mañana ni siquiera llevaba traje: llevaba puesto un conjunto de americana azul marino con camisa blanca y pantalón negro, sin corbata—. No era mucho mayor que el doctor Rozas, aunque el aura de autoridad que emanaba de él lo envejecía en parte. Era el ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella.

—Inspector Ernesto Trevejo, es un placer conocerlo —dijo, al tiempo que me tendía la mano.

Se la estreché con una firmeza intermedia, la que consideré adecuada para la situación. No era la primera vez que me cruzaba con algún miembro del Gobierno, pero sí la primera en que —según parecía— iba a tener la oportunidad de departir cara a cara con uno.

—El placer es mío, señor ministro —respondí, ajustando también el tono de mi voz, tratando de no sonar demasiado servil aunque sin caer en la irreverencia.

—Le pedí al comisario que convocara a su mejor hombre, al más fino que tuviera. Ya había oído hablar de usted en alguna ocasión, en términos muy positivos. Este país es tan pequeño que al final nos conocemos todos. Estoy satisfecho de poder contar con alguien de su valía para este asunto.

En mi mente, el halago del ministro, aparentemente sincero, quedó ensombrecido por el comentario de que el nuestro fuera un país pequeño. El propio Castiella había sido el principal artífice de la visita a España del presidente de los Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, solo unos meses atrás, y era el rostro público del Régimen de Franco en los ámbitos diplomáticos internacionales, donde se le tenía en buena estima por su gran formación intelectual y su carácter aperturista dentro de los estrechos márgenes que le permitía el Gobierno. Imaginé que se había tratado de un comentario sin mayor intención, una mera forma de hablar. Y también que, en otro contexto, ante interlocutores más selectos, el ministro sabría ser mucho más cuidadoso con sus palabras.

–Gracias –contesté simplemente–. Díganme, caballeros, ¿cuál es el asunto que nos ocupa exactamente?

–Pues ese de ahí atrás –respondió el comisario Rejas, señalando hacia el cuerpo con uno de sus pulgares, sin volverse–. No me diga que no había reparado en el detalle del tipo muerto y en porretas que está sobre la mesa.

Pude interpretar en los labios del comisario la palabrota con la que, de no haber estado el ministro presente, habría acompañado su respuesta. De los tres hombres, el comisario –que guardaba cierto parecido lejano con el ministro, al menos en el plano capilar, por su calvicie también creciente y todavía incompleta– era probablemente el de más edad. Estaba ya próximo a la jubilación y, puesto que parecía obvio que iba a alcanzarla sin haber logrado ningún cargo de mayor prominencia dentro del Cuerpo, su carácter se percibía cada día más agriado. Entre otras cosas, hacía tiempo que restringía su vestuario –históricamente poco creativo–, a trajes y corbatas de color negro, incluso en verano. Así iba vestido aquella misma mañana, como si se hubiera puesto de luto por el muerto.

–Ya me suponía que iría por ahí la cosa –comenté, pero solo el doctor Rozas acusó el leve intento de broma con una sonrisa–. ¿De quién se trata?

–Del director de esta casa –respondió directamente el ministro.

–El Instituto Goethe es una institución financiada por el Gobierno alemán con el propósito de promover el estudio de la lengua y la cultura alemanas en el extranjero –apuntó el comisario, adivinando mi ignorancia y salvándome la cara ante el ministro–. Esta sede de Madrid abrió sus puertas hará tres o cuatro años, y ya cuenta con varios cientos de alumnos.

–El profesor Jude Kochanski –indicó el ministro, pronunciando el nombre con inaudita soltura– fue hallado en ese estado esta misma mañana, a eso de las seis, por una

empleada de la limpieza. Según el doctor Rozas, parece que ha podido pasar así todo el fin de semana.

–Nadie había denunciado la desaparición –añadió el comisario–. El profesor vivía solo, así que es natural que nadie lo echara de menos durante un par de días. Los empleados del Instituto dicen que era el último en irse cada día, y también aseguran haberlo visto con vida durante la tarde del viernes. De modo que debieron de hacerle esto a última hora de ese día, cuando no quedaba nadie más en el edificio.

–¿El Instituto abre también en agosto? –pregunté.

–Lo reabrieron la semana pasada para ir preparándolo todo para este curso. Las clases empiezan a principios de septiembre.

El ministro interrumpió al comisario elevando una mano, pero en lugar de decir nada hizo un gesto enérgico con esta, acompañándolo de un silbido igualmente enérgico. El gesto fue interpretado puntualmente por todo el personal de la sala. En unos segundos, nos quedamos a solas nosotros cuatro en su interior.

–Así estaremos más tranquilos –dijo.

Una vez liberados del calor y los efluvios de la multitud, el olor a sangre reseca y carne putrefacta nos envolvió enseguida.

–¿Por qué no han prohibido el acceso al despacho, como han hecho con la plaza? –pregunté, como quien no quiere la cosa, a la vez que me aproximaba al cuerpo.

–Es un tema complejo –respondió el ministro, y creí percibirle un cierto matiz de contrición–. Ese hombre, el profesor Kochanski, es un alto cargo de una entidad dependiente de la República Federal Alemana, y el Instituto Goethe, aunque no goza del estatus de embajada, en la práctica es una especie de prolongación de esta. Por ello he considerado conveniente acudir aquí e involucrarme personalmente en la investigación.

–Ya –repuse–, pero eso no explica por qué hasta hace un minuto este despacho era el camarote de los hermanos Marx.

–Bueno, bueno, Trevejo –intercedió el comisario, conteniéndose para no llamarme al orden en presencia del ministro–. El despacho ya está vacío, ¿verdad? No hay que darle más vueltas.

–¿Se han hecho fotos y tomado huellas del lugar antes de que lo invadieran? –pregunté.

–Por supuesto –respondió el comisario–. Solo se ha permitido la entrada de gente una vez que se había inspeccionado la sala. Precisamente para inspeccionarla más a fondo. Dos ojos ven más que uno, y cuarenta más que veinte.

–Fui yo quien di la orden –reconoció el ministro–. Llegué aquí hará cosa de media hora, y como la primera inspección no había dado ningún fruto, ordené que entrara todo el mundo y que revisaran el despacho centímetro a centímetro. Dentro de unos minutos me tocará informar del incidente a las autoridades alemanas y quería ofrecerles algo más que mis condolencias. Aportarles ya de primeras algo de luz. Un motivo, un sospechoso, algo.

–Es comprensible –cedí, situándome junto al cuerpo.

–De primeras, yo digo que podríamos estar ante un robo con homicidio –propuso el comisario.

–Es posible.

Evidentemente, el comisario sabía que aquel hombre no había sido víctima de un homicidio, sino de un asesinato. No solo se daba la circunstancia de ensañamiento, sino posiblemente la de alevosía y hasta la de precio, ya que había sido ejecutado por manos expertas, en ningún caso por un vulgar ladrón que se hubiera colado en el edificio en busca de algo que llevarse consigo. Pero el «robo con homicidio» era una expresión lustrosa de cara a la prensa y la oficialidad. De entrada, era una buena manera de libe-

rar cierta tensión. De ganar tiempo hasta poder ofrecer una alternativa mejor.

–¿Cómo murió? –pregunté.

–Asfixiado –respondió el doctor Rozas, que acababa de encenderse un puro para que el humo contrarrestara, supuse, el olor del muerto. Era un gesto de deferencia hacia el resto, puesto que su nariz debía de estar más que acostumbrada. Llevaba un manojo de puros asomándole del bolsillo izquierdo de la camisa—. Le provocaron los cortes y hematomas que puede usted observar, y luego acabaron con él apretándole el cuello con un alambre o cordel muy fino. Al menos eso es lo que parece.

Las lesiones, se podía apreciar a simple vista, se correspondían con una larga y concienzuda tortura a base de puñetazos en la cabeza, patadas en el pecho y el vientre y cortes en los dedos de manos, pies y rostro. Que lo hubieran hecho desnudarse reforzaba esa hipótesis: despojar a un ser humano de su ropa suponía privarlo de su dignidad. Era como arrebatarse su coraza. A veces, en comisaría, bastaba con ordenarle a un detenido que se desnudara para que confesara lo que fuera. Aunque buena parte de los interrogadores de la policía optaban por saltarse ese paso e ir directamente a las amenazas y los golpes, también efectivos y, para algunos de mis compañeros, mucho más amenos.

–Lo tuvieron amarrado –dije, señalando con la mano las laceraciones en las muñecas y tobillos de la víctima: unas esposas, una cuerda o, más probablemente, el mismo alambre o cordel que usaron posteriormente para estrangularlo.

–Sí, yo diría que le ataron las manos a la espalda y los pies uno con el otro, y luego se ensañaron con él –indicó el doctor.

–Un ladrón bastante bestia. Ya tenía reducida a su víctima cuando comenzó a torturarlo.